

LAZARO RESUCITADO

José María Latorre

El mismo día de su resurrección, Lázaro de Betania empezó a darse cuenta de que, una vez disipados los ecos de la alegría que el hecho de verle de nuevo con vida, fuera del sepulcro, había despertado entre quienes le conocían, todos, incluso sus dos hermanas María y Marta, le miraban con recelo y que, además, lo hacían igual que si se tratara de un extraño que se hubiese instalado entre ellos animado por un turbio propósito que se les escapara de su entendimiento.

Después de salir del sepulcro, todavía amortajado, vendado de pies y manos, Lázaro fue llevado a casa por María, Marta y dos piadosas vecinas que habían estado orando buena parte del día delante de la losa, las cuales guiaron amorosamente sus pasos como si estuvieran enseñando a caminar a un niño o sacaran a pasear a un enfermo querido debilitado por la calentura. Él apenas se daba cuenta de lo que estaba sucediendo; no podía pensar, se sentía aturdido y somnoliento, caminaba con dificultad y al principio había sido incapaz de reconocer los rostros de quienes le rodeaban. Guardaba el vago recuerdo de un hombre alto, enjuto, vestido con túnica blanca, que le miraba intensamente, y sólo al cabo de un rato, poco antes de que hubieran terminado de recorrer el pedregoso camino que conducía a su casa, recordó que había visto antes a ese hombre a quien los demás llamaban Jesús. Lázaro, que no recordaba su enfermedad ni sabía de su paso por el trance de la muerte, se acordó en cambio de que Jesús había estado tiempo atrás en su casa, hablando con María, y de que Marta se había quejado porque María, distraída con la palabrería del huésped, no le ayudaba en las faenas caseras. «Marta, Marta ---había dicho Jesús---, afanada y turbada estás con muchas cosas, pero sólo una cosa es necesaria y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada». Podía rememorarle palabra por palabra.

Extrañado por verse vendado, Lázaro se preguntaba por qué recordaba

precisamente eso y sin embargo no conseguía recordar ninguna otra cosa. ¿A qué venían esos vendajes? ¿Por qué Marta y María le miraban con expresión de asombro e incluso de miedo? ¿Por qué ese Jesús le había mirado tan intensamente al verle marchar con dificultad sostenido por cuatro mujeres? ¿Por qué notaba a su alrededor un olor repugnante que parecía surgir de su propio cuerpo? ¿Por qué caminaba con tanta torpeza y notaba los miembros agarrotados? Pero, sobre todo, ¿por qué tenía tanto frío?

Esas fueron sus primeras palabras: primero un desconcertado «¿por qué?», luego un lastimero «tengo mucho frío». Una de las vecinas que le ayudaban a andar dijo que el frío de Lázaro llegaba hasta ella a través de la mano y a pesar de las vendas que la cubrían. Unas lágrimas resbalaron entonces por las mejillas de María. Era la hora de la comida y al entrar en el pueblo se olía a carne asada, mas no por ello el hedor que les había acompañado a lo largo del camino se hizo menos intenso.

Como una vez dentro de la casa Lázaro siguiera quejándose de frío, Marta, diligente, avivó las brasas del hogar y sentó a su hermano ante el fuego preguntándole si entraba en calor. Mas la proximidad de las llamas no aliviaba la intensa sensación de frío de Lázaro, que tiritaba. Entretanto, María fue en busca de una recia túnica limpia y de sandalias, y ayudada por Marta procedió a retirar las vendas de manos y pies del hermano resucitado, vistió el aterido cuerpo blanquecino y le cubrió también las extremidades. A pesar de ello, Lázaro siguió quejándose del frío. Fue entonces cuando Marta protestó por el olor y pidió que mantuvieran abierta la puerta de la casa. «No debemos hacerlo. Nuestro hermano tiene mucho frío», repuso María. La puerta permaneció cerrada.

Así transcurrió la tarde: Lázaro inmóvil ante el hogar con la vista fija en el fuego, Marta y María mirándole de reojo, sin que ninguno de los tres dijera

una sola palabra más. Antes del anochecer recibieron la visita de otros vecinos que acudieron para ver por sí mismos el portento, pues por el pueblo había corrido rápidamente la voz de la resurrección. Todos le parecieron extraños a Lázaro y todos, a su vez, miraron a éste con una mezcla de curiosidad y aprensión. Uno de ellos, más joven y audaz, llegó al extremo de tocar una de las mejillas del resucitado, mas retiró la mano al notarla helada: el de Lázaro no era ---así pensó el atrevido--- un frío normal sino el frío de la tumba.

Con la llegada de la noche los tres hermanos se quedaron solos. Marta comentó entonces la necesidad de cenar algo y María se encargó de animar a Lázaro para que se sentara con ellas a la mesa. El resucitado se limitó a cabecear sin decir ni que sí ni que no. La idea de comer le resultaba indiferente, ¡y cómo podía pensar en comer teniendo por compañía a tan repugnante olor! Fue el olor la causa de que Lázaro empezara a recordar. Él había resucitado para el mundo, pero el mundo no había resucitado aún para él. Y cuando lo hizo fue poco a poco, manifestándose primero por olores, luego por colores y sensaciones perdidas; gracias al olor, Lázaro fue recreando el mundo del que había sido excluido por obra de la muerte. Recordaba bien ese olor: antes lo había notado durante sus pastoreos al tropezar en el monte con algún animal muerto: era el olor de la carroña: el mismo olor que le había echado hacia atrás al pasar ante el sepulcro de su vecino Jeremías, también pastor como él, que llevaba tres semanas muerto: la piedra que lo cubría estaba mal ajustada y al aproximarse hacia la abertura la vaharada le hizo huir. Era el olor de la muerte, y él, Lázaro, lo llevaba encima, adherido a la piel como el sudor en días cálidos, lo cual quería decir que también él estaba muerto. O que había estado muerto, pensamiento que le produjo un escalofrío casi doloroso.

Apenas sin darse cuenta, Lázaro fue recordando su enfermedad;

rememoró los días de postración en el lecho, los sudores y los temblores, los rostros lívidos de María y Marta, el dolor que le oprimía, tan grande que no podía llevarle sino al sepulcro. Y si había muerto, ¿qué hacía de nuevo en su casa, sentado ante el fuego? Se tocó la mano izquierda con la derecha, la derecha con la izquierda, y luego apoyó las manos sobre las piernas. La muerte era consunción, era la pérdida del cuerpo, y él aún tenía el suyo por más que le resultara extraño al tacto. Mucho tiempo atrás, siendo un niño, a la salida de un banquete de bodas en el que todos los asistentes habían comido cordero asado ---podía recordarlo ahora---, fue a dar un paseo por el campo y descubrió un hueso humano que sobresalía a ras de tierra; ver aquel resto terroso por el que correteaban hormigas y recordar los huesos despedazados del animal corriendo de boca en boca, sucias las barbillas de grasa, fue todo uno; había tenido que vomitar. Desde entonces, siempre que se veía obligado a comer cordero asado recordaba lo sucedido y asociaba aquel hueso semienterrado con el hueso a medio comer que tenía entre las manos: ambos habían estado recubiertos de carne. La muerte también se presentaba ante él bajo la forma y el olor de la carne asada. Para Lázaro, dos eran los olores de la muerte: el de la tumba de Jeremías y el del humo del asado. Y uno y otro se juntaron en la casa cuando Marta puso a asar carne y ofreció un pedazo al hermano.

«No puedo..., no puedo comer eso», rechazó Lázaro. Las hermanas se alegraron de que por fin hubiera hablado, aunque sólo hubiese sido para negarse a tomar el alimento necesario, pues su silencio las llenaba de compunción.

Lázaro se acostó sin cenar, invocando la pronta llegada del sueño. Confiaba en que el nuevo día haría que lo viera todo mejor y por eso deseaba que el sol rasgara pronto el velo de la noche, mas el sueño se resistía a empujar al tiempo, como si tuviera miedo de lo que pudiese

alumbrar la mañana. Desde donde yacía podía ver a sus hermanas cenando ---habían decidido hacerlo después de que su hermano se retirara a dormir, vista la repugnancia con que miraba los alimentos--- y hablando en voz baja. Por más que se esforzó por escuchar lo que decían, no consiguió entenderlas. Cerró los ojos pero no durmió. Marta y María iban de un lado a otro, recogiendo los utensilios de la cena. De vez en cuando dirigían miradas furtivas hacia el lugar donde, según creían, Lázaro estaba durmiendo. Vistos a distancia, los ojos de las dos hermanas refulgían como el aceite de los candiles. La casa no tardó en quedar a oscuras y en silencio. Un frío claro y cristalino había descendido sobre Betania.

Ni así pudo dormir Lázaro. El olor a tumba y a asado, si bien era menos intenso, le provocaba náuseas y le hacía pensar continuamente en la muerte. Su pensamiento, que se hallaba orientado hacia el pasado, le ofrecía tantas zonas de sombra como de luz, y lo que veía le hacía sentirse tan aterrado como lo que adivinaba. Recordaba cosas, pero por más que se esforzara no podía recordar todo. Y por encima de los vagos recuerdos se alzaban la rememoración de la enfermedad padecida y la negrura que separaba a aquellos días del ahora, una densa oscuridad que necesitaba alumbrar como fuera para recuperar el sosiego.

Jamás hubo noche tan larga para Lázaro. «Sueño, concédeme tu bendición», suplicó en vano, temblando, acostumbrados ya los ojos a la oscuridad, desde donde Jesús le seguía mirando. El miedo le hizo llamar a gritos a sus hermanas, quienes acudieron alarmadas. «Estoy intentando saber...», les dijo con voz trémula, «quiero saber qué me ha sucedido, por qué sólo veo ante mí oscuridad y los ojos de Jesús; quiero saber por qué me acompaña este olor». Calló un rato, para luego romper el silencio con que fueron recibidas sus palabras: «He estado muerto». Con lágrimas en los ojos, María asintió. «Estabas muerto y Jesús te ha devuelto con nosotras

después de cuatro días de ausencia», dijo. Y como si las palabras de María hubieran asustado también a Marta, ambas dejaron solo a su hermano, las manos de una puestas sobre las manos de la otra, no sin antes recomendarle que durmiera, pues eso, así dijeron, le reconfortaría.

Oír confirmado algo que ya sospechaba no trajo para Lázaro la paz espiritual que tanto anhelaba. Al contrario, la revelación no le apartó del camino de la duda, la turbación y el miedo, y acostado en el camastro fue testigo del lento transcurrir de la noche a través del ventanuco que enmarcaba la vista de un fragmento de cielo, mientras hacía esfuerzos por comprender. Las estrellas refulgían con un brillo intenso e invernal. Más que la idea de haber estado muerto le atemorizaba el hecho de no guardar recuerdo alguno de la experiencia. Abiertas las puertas de sus recuerdos, éstos sólo alcanzaban ---y a duras penas--- hasta los días anteriores a su muerte. Desde entonces hasta el presente no había nada; sólo, acaso, el fulgor de los ojos de Jesús vestido con la blanca túnica. Pero nada más, como si la muerte no hubiera supuesto el final de la vida sobre la tierra sino el final de todo, lo cual, de ser así, desmentiría las palabras de los profetas. No guardaba memoria alguna de los cuatro días vividos en el recinto de la muerte: una noche eterna sin estrellas, una nada sin dolor ni felicidad. Le acometió tal angustia que se puso de cuclillas en el lecho y enterró su cabeza entre sus brazos evitando mirar de frente a la noche.

El día siguiente no fue mejor para Lázaro. Apenas los primeros destellos del alba tiñeron de rojo el cielo y los vientos de la mañana soplaron sobre la luna para ahuyentarla, Lázaro abandonó el lecho y salió de la casa sin hacer ruido. Su propósito era encaminarse al lugar donde había estado enterrado, un lugar que no recordaba pero que confiaba encontrar gracias a su instinto. Diríase que sus pasos estaban guiados por mano sabia, porque no titubeó ni un instante en su camino, igual que si hubiera hecho otras veces

antes ese mismo recorrido. Halló abierto el sepulcro. La piedra que lo había sellado estaba movida y por el agujero se veía una negrura insondable. Lázaro dudó antes de asomarse al interior de la tumba, pues volvía a sentir el frío que había aterido su cuerpo, y solamente se atrevió a hacerlo cuando, animado por el sol y por los trinos de los pájaros que saltaban por entre las ramas de los árboles vecinos, se dijo que ese lugar era tan suyo ahora como lo era su propia casa.

Dentro, la oscuridad era todavía más intensa que la sufrida en la larga noche de vigilia, y a pesar de que el sepulcro había permanecido abierto a la intemperie persistía ese olor que estaba siendo inseparable compañero de las dudas y temores de Lázaro. Pero no había nada más que olor: sólo vacío, ni rastro de que el agujero hubiera escondido presencia humana, tal vez unas lagartijas escondiéndose por una grieta de la pared. Lázaro cayó de rodillas y prorrumpió en un llanto que le impidió llevar a cabo su primitivo deseo de orar, y que no sabía si era de miedo por contemplar el lugar en el que había yacido privado de vida o de agradecimiento por haberle sido permitido volver de entre los muertos.

Allí lo encontraron Marta y María, cansadas de buscarlo por toda Betania, y le hicieron regresar con ellas. Era su propósito obligarle a guardar reposo después de hacerle comer, pues iba a cumplirse un día sin que Lázaro se hubiese alimentado (cinco, si contaban los cuatro días del sepulcro; seis, si tenían en cuenta que su hermano no había probado bocado desde la víspera de su muerte), mas él arguyó que no tenía hambre y que prefería pasear y conversar con sus amigos y vecinos, creyendo que les satisfaría verle junto a ellos después de haberle dicho adiós. A María le pareció bien, pero Marta insistió en la necesidad que Lázaro tenía de alimentarse: «si no comes», dijo, «no tendrás fuerzas para mantenerte de pie». Aunque no sentía ganas de hacerlo, Lázaro habría comido algo, cualquier cosa que no



fuera carne de cordero, sólo para contentar a Marta, pero observó que María le miraba con extrañeza, con una mirada que no era la de hermana a hermano sino la de una mujer asustada ante un prodigio, y esa mirada le hizo dar media vuelta y alejarse de ambas en busca de calor humano.

No lo halló. Lázaro visitó sucesivamente a cuatro amigos y a cuatro vecinos de la aldea, y en todas las casas fue objeto del mismo trato. Al principio todos manifestaban alegría al verle, pero el alborozo no tardaba en ser cambiado por recelo y aprensión. Escrutaban su rostro, como buscando en él señales de lo que le había sucedido, y experimentaban un visible rechazo ante el frío que se desprendía del rostro y de las manos del resucitado, al tiempo que daban muestras de desagrado por el olor que le acompañaba, más tenue que el día anterior pero aún persistente. Y Lázaro notaba que, cuando se despedía, amigos y vecinos no disimulaban su alivio, de un modo que le recordaba la expresión de su hermana María.

Lázaro tampoco hizo nada para que cambiara la actitud de los otros; al contrario, se mantuvo serio y cabizbajo, sin que nada en su comportamiento denotara la natural alegría de saberse vivo y rodeado de amigos. Apenas hablaba, y cuando lo hacía era con pocas y confusas palabras, como si le costara expresarse, lo cual creaba no poco embarazo entre los demás. Al marcharse de las casas, ahuyentado en ocasiones por el olor de la carne puesta al fuego, no recibía ninguna expresión de amistad; era como si todos se sintieran aliviados al verle marchar. De esa manera regresó a casa, donde se sentó en un rincón y comió sólo un pedazo de pan seco y bebió sólo un poco de agua que extrajo de la tinaja, extraño en el recinto donde había vivido, crecido y muerto.

Ni la tarde, ni la noche, ni la mañana siguiente fueron distintas para Lázaro, quien fue desganado testigo de los sucesivos cambios de luz y de color, tan indiferente al día como a la noche, al brillo del sol como al titilar

de las estrellas. Se alimentó, no mucho, de pan; no probó el vino que tanto le había gustado antes de morir; y no logró conciliar el sueño, angustiado porque la luz de su entendimiento no alcanzaba a iluminar la negrura de los días pasados en el sepulcro. Era como si toda la voluntad puesta en querer alumbrar lo oscuro le hubiera dejado exhausto para implorar la llegada del sueño.

Esa segunda noche de vigilia Lázaro se dio cuenta de que no había nada en el mundo que le importara aparte de eso, preguntándose si todo hubiera sido distinto en el caso de que quienes le rodeaban se hubiesen mostrado efusivos con él, pues estaba claro que no lo consideraban uno más de ellos sino un forastero, un viajero procedente de un mundo ignoto. Al regresar de la muerte ya no era el querido Lázaro sino el resucitado Lázaro, un hombre que había pasado por el trance de morir y había regresado: un aparecido, un prodigio, alguien a quien todos miraban de reojo, que les asustaba y no podía compartir con ellos como antes sus costumbres, su amor y sus alimentos. Y le desesperaba no hallar, mirándose a sí mismo, muestras de que estaban equivocados, pues él era, en efecto, distinto al anterior Lázaro aunque siguiera llamándose con tal nombre. Pero por encima de todo le preocupaba no tener respuestas para quienes le preguntaran por su experiencia, puesto que nada tenía que contar. Podía haber seguido muerto durante más días, durante semanas, durante meses, durante años o durante toda la eternidad sin que las cosas hubieran sido distintas: un desvanecimiento en un tiempo sin memoria, un pesado dormir sin sueños.

Por la mañana hizo otra visita al sepulcro que había abandonado, con la esperanza de poder encontrar allí las respuestas que buscaba para sus preguntas. Para entrar en él tuvo que rasgar una tela de araña que se había formado en el agujero cruzándolo de lado a lado. Sus hermanas, que le

siguieron de cerca, alarmadas al verle emprender el mismo camino, le vieron entrar y arrodillarse en la tierra, sin que esta vez se atrevieran a intervenir. «No debe asustarnos que Lázaro se comporte de un modo tan extraño», le dijo Marta a María, «ha sufrido mucho..., con el tiempo se recuperará». No obstante, Marta le pidió a su hermana que hablara con Jesús rogándole consejo. «Él sabrá qué hacer con nuestro pobre hermano», dijo.

Pan y agua fueron los alimentos que ingirió Lázaro a lo largo del día, el cual, a causa de la lluvia, transcurrió con mayor tristeza todavía que el anterior. Marta y María observaban a su silencioso hermano que, sentado ante la puerta de la casa, dejaba transcurrir el día viendo llover, indiferente a su presencia. Las gentes que pasaban por allí miraban con descaro la casa de los tres hermanos, y cuando la lluvia cesó al fin y el arco iris puso color a la uniforme grisura del cielo, algunos se detuvieron para mirar mejor, diciendo: «esta es la casa de Lázaro, el resucitado, ¿no notáis cuánto huele a muerto?».

María y Marta se sentían tan abrumadas que la segunda llegó a decir en un arrebató que el regreso del hermano no había llevado alegría a la casa, sino tristeza y soledad. Y aunque lo dijo en voz baja Lázaro la oyó. «Tiene razón», pensó, «yo no soy como los demás, el sitio de los muertos está al lado de los muertos, no debe extrañarme que me señalen con el dedo y me teman como a un leproso».

Ese día sucedió que, al poco que cesara de llover, Marta y María salieron de casa dejando solo a su hermano, sin despedirse de él ni decirle adónde iban, y al cabo de un rato Lázaro recibió la visita de uno de sus vecinos llamado José, quien ya había pasado a verle el día anterior. La de José fue la primera de las tres importantes visitas que tuvo Lázaro. Había ido José para hablar con las dos mujeres, y al no encontrarlas en la casa se vio solo

ante Lázaro, quien no dijo nada al verle ni correspondió a su saludo. Al parecer, la víspera, José había acudido a los sacerdotes, como otros hombres de Betania, con intención de comentar con ellos el milagro, y había comprobado que éstos recibían la noticia con preocupación.

José se las había ingeniado para ocultarse tras unas cortinas desde las que, mareado casi por el olor a esencias, pudo escuchar lo que los sacerdotes decían a solas; y lo que oyó le atemorizó, porque el grupo, encabezado por el sumo Caifás, había hablado de Lázaro como de un peligro para la nación, y del hombre que había obrado el milagro, Jesús, como del mayor peligro de todos los peligros, añadiendo que sólo la muerte de ambos podría evitar que llegaran los romanos y destruyeran la nación y el lugar santo. José, cuyo propósito al acudir a los sacerdotes no había sido malo, se asustó por lo que acababa de oír y, temiendo por la vida de su amigo Lázaro, había decidido avisar a María y a Marta para que se lo llevaran de Betania o para que no le permitieran andar abiertamente y le obligaran a ocultarse en un lugar seguro hasta que se acallaran los rumores.

Ausentes las hermanas, José le explicó a Lázaro lo que habían dicho los sacerdotes y le aconsejó que se marchara del pueblo, pero el resucitado no dio evidencia de haberle entendido. A decir verdad, ni siquiera parecía haberle escuchado, lo que hizo que el confidente se molestara por el silencio y la pasividad de quien había sido su amigo, hasta el punto de marcharse encolerizado y arrepentido de su buena acción. Lázaro, sin embargo, había oído y entendido sus palabras, mas no les concedió importancia, de modo que cuando Marta y María regresaron no les comentó nada acerca de la visita de José, y ellas, a su vez, viéndole en la misma postura en que lo habían dejado, no le preguntaron qué había hecho durante su ausencia.

La segunda importante visita que recibió Lázaro tuvo lugar esa misma noche, poco después de que sus hermanas hubieran cenado un plato de

carne y él su ya habitual ración de pan y agua. El visitante fue Lucas, un vecino de Betania conocido por todos por su bondad, quien solía vivir retirado de los demás y dedicado a su trabajo y a las buenas obras. A juzgar por su conducta inicial, hubiérase dicho que Lucas había ido a la casa para departir con Marta y con María, pero el recién llegado tuvo la habilidad de ir implicando poco a poco a Lázaro en su conversación hasta que consiguió el portento de romper su silencio. Satisfechas al ver a su hermano conversando con Lucas, lo que interpretaron como una señal de recuperación, María y Marta se retiraron a descansar dejando solos a los dos hombres, y la charla, que hasta entonces había versado sobre temas generales, se centró en la experiencia vivida por Lázaro.

Al resucitado le había conmovido el hecho de que Lucas no mostrara hacia él la misma repulsión que los demás, e incluso que hubiera llegado al extremo de cogerle las manos y estrechárselas con cariño, como de hermano a hermano, sin sentirse repelido por su frialdad de tumba. «Durante toda mi vida he vivido preocupado por una sola cosa», se sinceró Lucas al verse solo con Lázaro, «y es saber qué sucede después de la muerte, qué nos espera al morir y si es cierto que vamos al lado de Abraham para aguardar con él la llegada del que ha de venir». Lázaro, sabedor de la fama de hombre piadoso que tenía Lucas, le manifestó su extrañeza al haber entrevisto en sus palabras una sombra de duda, una falta de confianza en las enseñanzas de los profetas.

«El hombre está dividido en dos», repuso Lucas, «una parte cree ciegamente en las antiguas palabras, puesto que esas palabras ayudan a vivir, a que la vida tenga sentido; pero otra parte duda, porque todo cuanto rodea a la muerte es silencio, es oscuridad, es desdicha, es podredumbre..., y no se tiene conocimiento de lo que sucede..., si es que sucede algo. Bien es verdad que cuando estoy gozoso pienso en lo que he aprendido de mis

mayores y creo entenderlo. Eso hace que me sienta mejor. Mas cuando estoy triste, lo que sucede más a menudo de lo que parece, pues en la vida hay más motivos de tristeza que de alegría, siento que no es más que palabrería, que morimos y muertos quedamos, y que nuestro destino es pudrirnos en el sepulcro como una oveja en el fondo del barranco por el que se ha despeñado. Y he aquí que tú, buen Lázaro, amigo, vecino, has permanecido cuatro días en ese reino de perpetua noche, y sólo tú estás en condiciones de poder despejar mis dudas. Dime, Lázaro, ¿adónde fuiste al morir?, ¿qué viste?, ¿es verdad que allí donde has estado y de donde has vuelto reposan los justos esperando la llegada del hijo de Dios?

Al ver que Lázaro no respondía, Lucas se calló y bajó la mirada al suelo, envueltos ambos por un espeso manto de silencio. Cuando Lucas levantó la mirada y volvió el rostro hacia Lázaro, éste se dio cuenta de que su visitante lloraba. «No puedo vivir de esta forma», añadió Lucas, «no puedo vivir sin saber, y si para saber es preciso morir no puedo pensar en saberlo en tanto no me llegue la hora. No puedo matarme, porque si lo hago y hay algo después de la muerte habría dejado de ser justo y mi vida de bondad habría sido inútil, y si no hay nada no encontraría nada, lo que haría de mi muerte un gesto también inútil».

Si cuando Lucas le había estrechado las frías manos Lázaro pensó que estaba siendo tratado como un hermano, la mirada que él dirigió a su visitante fue asimismo la de un hermano a otro: había reconocido en Lucas su pensamiento y sus dudas, sorprendentes en alguien que era considerado en Betania un ejemplo de hombre piadoso. No podía engañarle.

«Nada», dijo, «no hay nada, no vi nada, no sentí nada, era como si nunca hubiese existido y nunca jamás pudiera volver a existir». Dicho esto se sintió mejor, pero le impresionó la desesperación que advertía en la mirada del otro. «Entonces tampoco hay nada que hacer», dijo Lucas en voz baja,

apenas un susurro, «¿has hablado de eso con los sacerdotes?». Ante la negativa de Lázaro agregó: «Guárdate de hacerlo, Lázaro, lo que puedes decir a los demás te convierte en un hombre peligroso. Si llega a oídos de los sacerdotes te harán matar para que calles: el que sabe lo que no conviene que se sepa es un peligro público, así ha sido y así será siempre hasta el final de los tiempos. Y de cualquier modo estarás en peligro: aunque calles, ellos te tendrán por enemigo al pensar que los judíos creerán más en ese Jesús a través de tu prodigio».

Cuando se levantó, todo su cuerpo temblaba. A Lázaro le recordó las hojas de un árbol movidas por el fuerte viento del otoño: alto, erguido, aparentemente firme, pero frágil ante el empuje de los elementos naturales. ¿Hay hombre, por piadoso que fuere, capaz de aguantar semejante revelación sin ponerse a temblar?

Lucas era el segundo que le advertía en contra de los sacerdotes, se dijo Lázaro una vez que su visitante se marchó. Mas ninguna de las dos advertencias había hecho mella en su ánimo, y menos aún la segunda, porque tras escuchar a Lucas se sentía menos solo y desdichado, no tanto por haber reconocido en él a un hermano de angustias cuanto por la certidumbre de saberse ahora un privilegiado, propietario de un secreto por cuyo conocimiento muchos habrían dado su mano derecha. No le daban miedo los sacerdotes, es decir, no le daba miedo la idea de morir porque ya había estado muerto y sabía lo que sucedía: sólo sentía indiferencia.

Pero su nuevo estado de ánimo duró poco, ya que la tercera visita le precipitó otra vez al abismo de la duda. Aconteció a la mañana siguiente, después de que Lázaro pasara la noche sin dormir, mecido por el sonido de la persistente lluvia que se abatía sobre el pueblo y tamborileaba sobre techados y corrales, provocando agitación entre los animales. La ventana

abierta al cielo no había ofrecido a la vista más que neblina. Se disponía Lázaro a salir, arrostrando la lluvia que seguía cayendo monótonamente sobre Betania, cuando se abrió la puerta de la casa y apareció un desconocido, alto y enjuto como Jesús, de parecida mirada penetrante, vestido como él con blanca túnica, mojada y sucia de lodo por los deshilachados bordes, el cual fue atendido por Marta, a la que pidió que le permitiera hablar con su hermano. Así se lo dijo Marta a Lázaro después de comunicarle también que tenía motivos para estar contento, pues esa noche ---según había dicho María--- llegaría Jesús para compartir la cena con ellos. Lázaro consintió en hablar con el desconocido. El desasosiego que sentía ante la anunciada visita de Jesús hizo que al principio no le hiciera demasiado caso, mas el recién llegado no tardó en ganarse su atención cuando le dijo que había conocido a otros que habían sido dados por muertos sin estarlo.

Ese hombre, que dijo llamarse David, manifestó que en los últimos tiempos estaba siguiendo los pasos de hombres y mujeres cuyas vidas habían conocido la influencia del llamado Jesús. Había conversado con endemoniados curados de su zozobra, con ciegos que habían vuelto a ver, con mudos que habían recuperado la palabra, con paralíticos que habían echado a andar, y ahora había llegado hasta sus oídos el prodigio obrado por Jesús con Lázaro de Betania, por cuyo motivo se había puesto en camino para poder hablar con él.

Explicó David que hay algunas personas, como él mismo, tal vez como Jesús, que poseen el don de sanar ciertas enfermedades malignas con determinados ungüentos y pócimas extraídas de remotas plantas, y que gracias a ellas había procurado bienestar a endemoniados y salud a ciegos, mudos, paralíticos y hasta a leprosos. Esas personas sabían ganarse con su mirada la voluntad de los enfermos. El ejercicio de su don había llevado a



David de norte a sur y de este a oeste, y a lo largo de su peregrinaje se había topado con algunos casos ---no numerosos pero tampoco infrecuentes--- de mujeres y hombres afectados por una extraña enfermedad que llegaba a conferirles la apariencia de la muerte, sin que por ello estuvieran muertos; hombres y mujeres preparados ya por sus parientes para el sepulcro, pero que en verdad no habían muerto y volvían a la vida. Era una enfermedad, así dijo, que sumía los cuerpos en un estado de parálisis total, pero cuyos efectos desaparecían después de que hubieran transcurrido dos o más días. Y creyendo que Lázaro podía estar afectado por ese mal se permitía pedirle que le dejara estudiarlo con el fin de dictaminar si estaba ante uno de esos casos o si, por el contrario, era cierto el rumor de que Jesús había resucitado a un muerto.

Tras esta larga exposición, David le hizo a Lázaro algunas preguntas relativas a su enfermedad, a su presunta muerte y a su también presunta resurrección, y le pidió que le contara detenidamente todos los recuerdos que guardara de su largo sueño, porque era importante para que pudiera emitir un juicio sobre los hechos. Algo amedrentado por la autoridad que emanaba de las palabras de David, Lázaro pasó de nuevo por el trance de rememorar sus días de enfermedad y de sepulcro, sin callarse siquiera lo referente a la falta de memoria sobre los cuatro días en que permaneció amortajado.

David le escuchaba y cabeceaba afirmativamente, como si el relato no hiciera sino confirmar sus suposiciones. Luego le miró de cerca los ojos y le palpó sienes y manos. «Temo hallarme ante una muestra de tan rara y cruel enfermedad», dijo David, «y una prueba está en el silencio y la oscuridad que hay en los cuatro días que pasaste en el sepulcro. Es sabido que quien muere va al lado de los justos, de lo que se infiere que, al no haber visto nada, al no sentir nada, al no recordar nada, no has estado

muerto sino vivo». «Pero si no he estado muerto...», se atrevió a decir Lázaro, «¿por qué me acompaña el olor de la muerte?, ¿por qué hedía en el sepulcro?, ¿por qué este frío que penetra hasta mis huesos? Más aún, preguntaría a los sacerdotes si no es posible que después de la muerte no haya nada y que, por lo tanto, nada hubiera para ver y nada hubiera para recordar». «Ten mucho cuidado con eso que dices, Lázaro, porque tus palabras pueden llegar a sus oídos», le advirtió el llamado David, quien le hizo otras preguntas relacionadas con su dolencia y enseguida abandonó la casa, no sin haber prometido que volvería a verle antes de marcharse de Betania.

Tanta era la alegría de Marta ante la anunciada llegada de Jesús que, pensando en eso y en la cena que debía preparar, no insistió cuando Lázaro se negó a darle detalles acerca de la visita que acababa de despedir. Del mismo modo, Marta no le comentó nada a María y ambas se enfrascaron en sus quehaceres olvidándose de la presencia de su hermano, a quien después de haberle oído hablar y atender a dos visitas creían en trance de recuperación.

Así pues, ignorantes las dos hermanas de cuanto se había hablado durante la visita de David, dejaron tranquilo a Lázaro. Mas éste se hallaba lejos de estar tranquilo: no sólo las tres visitas habían coincidido en advertirle sobre el peligro que corría a manos de los sacerdotes, sino que la última de ellas, el hombre de extraña mirada llamado David, había dicho que podía haber sido víctima de una rara enfermedad cuyos síntomas se manifestaban como una apariencia de muerte. De ser cierta semejante cosa, ello echaría por tierra su creencia de ser el privilegiado portador del secreto del más allá. Lejos de satisfacerle, la posibilidad de que las palabras de los profetas pudieran ser ciertas le proporcionaron mayor inquietud porque ya no podía estar seguro de ellas, de la misma forma que no podía estar

seguro de si había estado muerto o no, o de si aquel hombre llamado David tenía razón o estaba equivocado. Y le pareció que sus dudas cobraban cuerpo y hacían un ruido tan estrepitoso como el de la lluvia al otro lado del ventanuco.

Dejó pasar el día sumido en tales cavilaciones, sin comer siquiera su acostumbrado pedazo de pan ni salir fuera de casa. Sus hermanas no se inquietaron porque pensaban que ayunaba para poder cenar mejor y que si no salía era porque no cesaba de llover. Y cuando Jesús, tal como había anunciado, se presentó para la cena, lo hizo junto con los hombres que solían acompañarle y que se llamaban a sí mismos sus discípulos, siendo recibido por Marta y María con grandes muestras de alegría. Con ánimo sombrío, Lázaro observaba a Jesús y a su grupo sin participar de esa alegría. De vez en cuando fijaba en Jesús sus ojos, que todo lo sabían acerca del tormento, y sorprendía a éste mirándole con aquella mirada penetrante que se había convertido en su primer recuerdo al salir del sepulcro, despertando en él un temor casi supersticioso.

La casa se llenó de humo. El olor a asado volvió a repugnar a Lázaro. Rechazó el pedazo de carne que le ofreció Marta ---encargada de servir la mesa--- y contempló cómo los demás comían con voracidad, manchándose de grasa bocas y manos. El vino corría en abundancia de comensal a comensal, mas tampoco lo probó Lázaro, quien, cuanto más alardeaban los invitados de su monstruoso apetito, tanta más náusea sentía por aquellos huesos con carne que, a pesar de los años transcurridos, seguía asociando con la muerte.

Incapaz de soportarlo más tiempo, Lázaro se levantó de la mesa con la intención de marcharse, pues sabía que nadie le iba a echar en falta en medio del festejo dedicado a agasajar a Jesús. Antes de llegar a la puerta se encontró con María, que llevaba una libra de perfume de nardo puro, de

mucho precio, y ella no le preguntó qué hacía fuera de la casa ni adónde iba, sino que se limitó a decirle que deseaba ungir los pies de Jesús, maltratados por el viaje y la lluvia.

Cuando Lázaro salió de la casa, el brusco contacto de la lluvia sobre su cuerpo le provocó un estremecimiento, añadiendo más frío al frío. Movidó por una imperiosa necesidad de hacerlo, se asomó a través del ventanuco para mirar a los comensales, aunque lo hizo manteniéndose a distancia prudente para evitar que le vieran los que se hallaban sentados de frente a donde él estaba. Pero no fueron éstos quienes miraron, sino Jesús. Aunque estaba sentado de espaldas, Jesús se volvió hacia el ventanuco y fijó en Lázaro una mirada turbia, inquietante, que a éste se le antojó burlona y cruel. Asustado por esa expresión, Lázaro retrocedió y afrontó resueltamente la cortina de lluvia que cegaba el fondo del paisaje.

Al echar a andar le pareció que alguien le seguía. Se volvió para comprobarlo, pero no vio nada más que la lluvia y las casas emborronadas, irreales casi. Estaba seguro de que aquel hombre que decía llamarse David no había dicho la verdad: él había muerto realmente y había regresado de entre los muertos, como así lo atestiguaban el olor del sepulcro ---adherido a su cuerpo como el más caro de los perfumes y bálsamos--- y el frío que no conseguía calmar ni aun sentándose desnudo delante del crepitante fuego. Y tomó todo, visitas y palabras, por parte de una misma conjura destinada a sellarle los labios para que no divulgara su secreto. Estaba convencido de ello, pero le atormentaba otra pregunta: ¿qué poder era aquel que le había hecho vencer a la muerte? La mirada de Jesús le confundía y al mismo tiempo le aterraba.

Tropezando con las piedras, el desdichado Lázaro torció por un camino a la izquierda que llevaba a fuera del pueblo, y desde allí se volvió para mirar de nuevo hacia atrás, seguro de que alguien le estaba siguiendo. No le

importaba la lluvia que le empapaba las vestiduras, sólo contaban para él el recuerdo de los ojos de Jesús, la nada en la que había estado inmerso durante su largo sueño y la certidumbre de que le seguían. Unos relámpagos iluminaron el camino y, a su luz, hasta los árboles parecían adoptar formas grotescas. Gracias a los relámpagos se orientó y pudo encontrar el que había sido su sepulcro. Una vez dentro se arrodilló y acercó su rostro a la tierra para besarla y olerla, como hacía siempre que lo visitaba, arañándola también como lo haría un desesperado que se asomara al precipicio de las últimas dudas acerca de la vida y la muerte.

Al separar el rostro de la tierra se quedó caviloso hasta que notó que algo correteaba entre sus piernas: ratas probablemente, ya las había visto alguna vez allí. Ahora oyó con claridad un roce detrás de él, como si alguien se dispusiera a entrar en el sepulcro para hacerle compañía. Se volvió, topándose con la figura de un embozado de elevada estatura. «¿Qué buscas aquí? ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?», preguntó titubeante, pero sin miedo, porque no le quedaba miedo dentro del cuerpo. En lugar de responder a sus preguntas, el embozado extrajo un puñal de entre sus vestiduras y, acercándose a Lázaro, que no se movió al ver el arma, le sujetó con firmeza por el cuello mientras la afilada hoja iba en busca de su carne y la penetraba chocando con los huesos y produciendo un desgarró que fue lo último que aquél oyó y sintió en su propio cuerpo antes de caer de bruces sobre la tierra de su sepulcro.

